

¿pero hay acaso en el infierno ni un solo condenado que se hubiese querido condenar? ¿qué diríamos de un enfermo que se contentase solo con querer sanar? Ninguno hay ciertamente que no lo quiera; pero si el tal enfermo con toda su imaginaria voluntad no quisiese aplicar remedio alguno; si no hiciese otra diligencia que pensar en qué es buena cosa tener salud, sin moverse á practicar medio alguno para recobrarla; ¿qué juicio se haría de él? Pues tales son esos hombres que se contentan con quererse salvar; pero sin aplicar medio alguno eficaz para salvarse. Qué, ¿bastará para salvarse uno el decir que se quiere salvar, ó por mejor decir, será verdaderamente querer solo el pensar que es menester salvarse? Si el cielo se nos diera á este precio, ¿qué desalmado dejaría de ocupar su silla en él? No parece posible encontrar en el cristianismo hombres tan ciegos que estén en este error; ¿pero no experimentamos que estamos en él nosotros mismos? ¿Nos queremos salvar? Bien; ¿y qué medios aplicamos para salvarnos? Una vida tan tibia, tan imperfecta como la nuestra, ¿es medio eficaz para este fin? Los santos tuvieron voluntad de ser santos; trabajaron por serlo, y se salieron con ello; cotejemos lo que nosotros hacemos con lo que ellos hicieron para conseguirlo, y veamos despues si tenemos valor para decir que nuestra voluntad es tan sincera como la suya. Comparemos sus devociones, sus penitencias, la pureza de sus costumbres, la regularidad de su conducta con la nuestra, y hallaremos (santo Dios!) qué espantosa desproporcion, qué horrible diferencia.

Efectos son, Señor, estas reflexiones de vuestra infinita misericordia; no permitais que sean inútiles para mi provecho. Resuelto estoy, mediante vuestra divina gracia, á no medir la sinceridad de mis deseos sino por la eficacia de los medios que aplicaré para ponerlos en práctica.

JACULATORIAS. — Conozco, Señor, que no hay paz ni salvacion sino para aquellos que tienen voluntad seria y sincera de salvarse. (*Luc. 1.*)

Dadme, Señor, un corazón nuevo y verdaderamente recto en orden á mi salvacion. (*Psal. 50.*)

PROPOSITOS.

1 El que quisiere hacer verdadero juicio de la voluntad de salvarse, que todos imaginan tener, no tiene mas que compararla con la voluntad que tiene un enfermo de recobrar la salud, un mercader de hacer fortuna, un oficial de adelantarse; y con

la que nosotros mismos tenemos algunas veces de salir con una empresa en que estamos muy empeñados. Tiene horror un pobre enfermo á ciertos medicamentos desabridos, amargos, dolorosos; pero el médico le dice que es necesario, que es eficaz. Esto le basta, no delibera, al punto le toma á pesar de su repugnancia y de su horror. Concibe un comerciante que le es forzoso un viaje para hacer un gran negocio, para doblar el caudal, para aumentar el comercio; nada le detiene, patria, parientes, amigos, todo lo abandona; espónese á todas las incomodidades y á todos los peligros, porque quiere hacer fortuna. Y el oficial que desea adelantarse en la carrera de las armas, ¿qué sacrificios no hace de su salud y de su vida? Coteja la voluntad que tienes de salvarte con todas estas voluntades, y por aquí juzgarás si es verdaderamente sincera.

2 Desde hoy has de procurar poder decir con verdad que seas sinceramente salvarte, aplicando con eficacia los medios. ¿Tienes alguna mala costumbre que ponga á peligro tu salvacion? quitala desde este mismo dia. ¿Tienes que hacer alguna restitucion? no la dilates un solo punto; comienza desde luego á pagar, si no puedes del todo, á lo menos alguna parte, con firme resolucion de satisfacer cuanto antes toda la deuda. ¿Hay necesidad de alguna reforma en tus costumbres, en tus muebles, en tu conducta? no lo dilates para mañana. En fin, manos á la obra; de manera, que al fin del dia puedas decir: yo me quiero salvar, y esta ó aquella es buena prueba de esto.

DIA XXII.

MARTIROLOGIO.

SAN MARCOS, obispo, en Jerusalem, varon muy ilustre y muy docto, el primero de los gentiles que gobernó la Iglesia de Jerusalem. Poco tiempo despues consiguió la palma del martirio en tiempo del emperador Antonino. (Los trece obispos que sucedieron al apóstol Santiago y su hermano Simon, primeros obispos de aquella ciudad, fueron de nacion judios. Y como á los judios les prohibió absolutamente el emperador Adriano aun á aproximarse á la nueva ciudad que él erigió cerca de las ruinas de la Jerusalem destruida por Tito, y á la que puso por nombre Elia Capitolina, la cual aun desde el reinado del gran Constantino ha sido conocida con el nombre de Jerusalem, solo la habitaban gentiles cristianos, de los que Marcos fué nombrado su primer obispo.)

El tránsito de los santos FELIPE obispo, SEVERO presbítero,

EUSEBIO Y HERMES, en Andrinópolis de Tracia; los cuales en tiempo de Juliano apóstata, después de haber sido encarcelados y azotados, fueron quemados.

LOS SANTOS MÁRTIRES ALEJANDRO obispo, HERACLIO soldado, Y SUS COMPAÑEROS, ítem.

SAN FELIPE, obispo y mártir, en Fermo en la marca de Ancona.

LAS SANTAS VIRGENES NUNILO Y ALODIA, ó ELODIA, hermanas, en Huesca en España, á las cuales por la confesion de la fe diéron muerte los sarracenos, y así llegaron á la corona del martirio. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SANTA CORDULA, otra de las compañeras de Sta. Ursula, en Colonia; la cual atemorizada con los tormentos y muerte de las demás, se ocultó; pero arrepentida, se presentó voluntariamente al día siguiente, por lo cual alcanzó la corona del martirio la última de todas. (*Véase su noticia en las de hoy.*)

SAN ABERCIO, obispo, en Hierápolis en Frigia; el cual floreció en tiempo del emperador Marco Antonino.

SAN MELANIO ó MELON, obispo, en Rouan; el cual fué consagrado por el papa S. Estéban, y enviado á aquel país á predicar el Evangelio.

SAN DONATO de Escocia, obispo de Fiésoli, en Toscana.

SAN VERECUNDO, obispo y confesor, en Verona.

SANTA MARÍA SALOMÉ, en Jerusalem; la cual, como se lee en el Evangelio, fué ansiosa al sepulcro del Señor. (*Véase su noticia en las de hoy.*)

La vida de S. JUAN CAPISTRANO, cuya memoria hace hoy el Calendario del principado de Cataluña, se lee en las de mañana conforme al Martirologio Romano.

SAN HILARION, ABAD.

SAN Hilarion, cabeza y patriarca de los religiosos cenobitas en la Palestina, como S. Antonio lo habia sido en Egipto, y S. Pacomio en la Tebayda, nació en Tebaste, aldea de la Palestina, por los años de 291. Eran sus padres gentiles, y siendo niño le enviaron á estudiar la gramática á la ciudad de Alejandria. Habiale escogido el Señor para ser uno de los mas ilustres directores de la vida monástica; y así dispuso que fuese cristiano el maestro con quien encontró. Reconociendo éste en el niño Hilarion un natural feliz, un ingenio excelente y un fondo de inocencia poco ordinario en otros niños de su edad, se aplicó con particular cuidado á cultivar aquella tierna planta; y la primera prueba que le dió de su especial inclinacion fué instruirle en la verdadera religion, y hacer que recibiese el bautismo. Siendo ya cristiano Hi-

larion, en breve tiempo adquirió todas las virtudes de la religion que profesaba; y aunque los progresos que hacia en las ciencias eran verdaderamente admirables, mucho mas asombrosos eran los que hacia cada dia en la ciencia de los santos. No tenia otra diversion que concurrir adonde se juntaban los cristianos. Hacíase reparar de todos su devocion, su modestia y su compostura en la iglesia, no siendo menos admirado en un niño de doce años un juicio muy superior á su edad, y tal pureza de costumbres, que todos le veneraban como á un ángel. No se hablaba á la sazón de otra cosa en todo Egipto que de la admirable vida de S. Antonio; con cuya ocasion entró el niño Hilarion en vivos deseos de conocer á un hombre tan célebre por su santidad, para aprender en la escuela de tan sabio como experimentado maestro la ciencia de los santos. Con este intento salió de Alejandria, y se encaminó adonde estaba el santo patriarca, que descubriendo luego las grandes prendas de aquel niño, y enamorado de sus generosos pensamientos, tomó con particular cuidado la enseñanza de aquel nuevo discipulo que le habia enviado el Señor; anteviendo desde entonces que con el tiempo habia de ser uno de los mayores ornamentos de su Iglesia.

Detúvose Hilarion una temporada en el monasterio, y desde luego fué la admiracion de toda aquella santa comunidad. Ninguna cosa se escapaba á su vigilancia y á su fervor; no solo estudiaba las piadosas industrias de S. Antonio, sino que en cada ejemplo edificativo de los monges encontraba nueva leccion para su aprovechamiento. Instruido ya perfectamente en todos los secretos de la vida espiritual, manifestó al santo patriarca sus deseos de retirarse á algun desierto para pasar toda su vida en el silencio de la soledad. Aprobóselos S. Antonio, dándole saludables instrucciones para la nueva vida, y le permitió seguir el espíritu del Señor que le llamaba á mayor retiro. Despidióse Hilarion de todos aquellos santos monges, que sintieron mucho su partida; y vuelto á Alejandria, tuvo allí noticia de la muerte de sus padres, con la cual se halló heredero de una legitima cuantiosa; pero no queriendo para si otra herencia que á solo Dios, cedió parte de sus bienes á sus hermanos, y todo lo demás lo repartió entre los pobres.

Tenia á la sazón solos quince años; despojado ya de todo por seguir á Jesucristo, se retiró á un desierto distante dos leguas y media de un pequeño pueblo llamado Mayuma, sitio espantoso pero solitario, y mucho mas por lo infamado con los continuos robos y muertes que hacian en él los salteadores. Ni el peligro acobardó á nuestro Santo en su generosa resolucion, ni á su de-

licada complexion la hizo fuerza el rigor de las estaciones. Allí dió principio Hilarion á aquella perfecta vida, que continuó por espacio de sesenta y dos años con un fervor que nunca se entibió, y con tan rigurosas penitencias que asombraron al mundo. Su vestido se reducía á un grosero saco y á una túnica de pieles con que le habia regalado S. Antonio. Su alimento á los principios eran quince higos al día, que tomaba despues de puesto el sol; y cuando se sentia asaltado de alguna tentacion, acortaba la racion hasta pasar tres ó cuatro dias sin alimento. Era enemigo de la ociosidad, y tenia repartido todo el tiempo entre la oracion y el trabajo de manos; pero sin que este, que era el de hacer cestillas, interrumpiese la oracion. Desde los diez y seis años hasta los veinte no tuvo otro alojamiento que una pobre cabaña de juncos que él mismo fabricó, y no le defendia ni del riguroso frio del invierno ni de los escesivos ardores del estío. Despues fabricó una celdita tan estrecha, que en rigor era una sepultura, y hasta en la figura lo parecía. Nunca tuvo otra cama hasta la muerte que una estera de juncos tendida en la dura tierra. Desde los veinte y un años hasta los veinte y siete era su comida un puñado de lentejas remojadas en agua fria; el resto de su vida fué un rigidísimo ayuno, reduciéndose su alimento á seis onzas de pan de cebada con algunas raices insípidas, sin salsa ni condimento, y no probando ni fruta ni legumbres.

Pero lo que mas tuvo que padecer Hilarion no fué esta asombrosa austeridad de vida. Por mas de sesenta años estuvo sufriendo los mas violentos combates de todo el infierno junto. Para vengarse éste del dominio que el cielo le habia dado sobre todas sus tenebrosas potestades (las que á solo el nombre de Hilarion salian de los cuerpos que tiranizaban, y solo con dejarse ver el Santo se hallaban precisadas á abandonar los ídolos y los templos), puso en movimiento toda su malignidad para perder, ó á lo menos para inquietar y para atormentar á nuestro Santo. Espectros horribles, fantasmas espantosas, representaciones torpísimas, de todo se valió para atemorizar su espíritu ó para manchar su imaginacion. Recurría Hilarion á la oracion y á la penitencia; y para castigar el espíritu, que continuamente le inquietaba con impuras imaginaciones, atormentaba su cuerpo, cercenándole aun aquel escaso alimento que le concedia, pasando los cuatro y los cinco dias sin probar bocado, y añadiendo á estos escesos de abstinencia iguales escesos de trabajo. Oíasele algunas veces decir á su mismo cuerpo: *Yo te haré asnillo que no tires coces; yo te mataré de hambre y de sed; te cargaré y te haré trabajar por el calor y por el frio; de manera que solo*

pienses en comer y en descansar, y no en brincar ni en refocilarte. Si el enemigo le fatigaba á él; él tambien fatigaba al enemigo con escesivas penitencias; de manera que su cuerpo llegó á ser un esqueleto, armazon de huesos cubiertos con el pellejo.

Como el demonio no pudo lograr que dejase sus ejercicios espirituales, pretendió por lo menos perturbarle en ellos. Unas veces hacia que oyese como á la puerta de su celda clamores de niños, llantos de mujeres, balidos de ovejas, mugidos de bueyes, rugidos de leones, bramidos de fieras que le hacian estremecer. Estando en una ocasion cantando salmos, se le presentó á la vista un combate de gladiadores, en que uno caia como muerto á sus pies, y le pedia que le diese sepultura. Haciendo oracion en otra con el semblante pegado contra el polvo, se distrajo algun tanto, y sintió sobre las espaldas como el peso de un hombre que le tenia debajo de los pies, y le daba de patadas, diciéndole al mismo tiempo en tono mofador y burlesco: *¿Oyes? Pues qué ¿te duermes? ¿te distraes? ¿te diviertes?*

Habia ya veinte y dos años que día y noche estaba combatiendo Hilarion en su horroroso desierto, cuando quiso en fin el Señor manifestar al mundo la eminente santidad de su gran siervo por medio de los milagros. Elpidio, caballero ilustre (con el tiempo fué prefecto del pretorio), volvia de visitar á S. Antonio con su mujer Aristenéra y con sus hijos. Habiendo llegado á Gaza cayeron tan gravemente enfermos todos tres hijos, que los médicos los desahuciaron. Afligida la desconsolada madre, los lloraba ya por muertos, cuando la dieron noticia de que habia un gran siervo de Dios en un desierto muy cercano. Pasó inmediatamente allá, y pudo tanto con sus lágrimas y con sus ruegos, que le rindió á venir á Gaza. Luego que se acercó á los enfermos hizo una breve oracion á Jesucristo, y en el mismo punto quedaron perfectamente sanos los tres hijos de Elpidio. Esparcida por todo Egipto la fama de este milagro, de todas partes concurrían en tropas los enfermos de los pueblos á buscar la salud en nuestro Santo, y todos eran oídos y felizmente despachados. Acompañaba por lo comun la salud del alma á la del cuerpo; y en menos de seis meses ganó para Jesucristo un prodigioso número de idólatras. Haciale dueño de cuantos corazones le trataban de cerca una santidad dulce, apacible, grata y compasiva, que fué siempre el carácter de nuestro Santo; por lo que en breve tiempo se vió el desierto poblado de solitarios; y á pesar del deseo de Hilarion, ansioso de vivir solo en su retiro, cada dia crecia el número de sus discipulos. No se habia visto hasta entonces monasterio alguno en la Palestina, ni en la

Siria algun otro solitario; de manera, que Hilarion fué el primero que introdujo en aquel país este género de vida. Creciendo cada día su reputacion con las maravillas que obraba, se fundaron muchos monasterios en la Palestina, los cuales todos quisieron estar debajo de su obediencia. Diólos reglas, y los gobernó con tanta prudencia, con tanta dulzura y con tanta caridad, que se contaba el número de los santos por el número de los monjes. Llegaba este al de tres ó cuatro mil solitarios bajo la direccion y disciplina de S. Hilarion, quien cada año los visitaba á todos, á todos los hablaba y encendia en todos el fervor con sus visitas, con sus palabras y con sus ejemplos. Acompañábase en la visita dos mil hijos suyos que no podian perder de vista á tan buen padre; y como el alimento de todos estos santos anacoretas se reducía á raíces y á yerbas silvestres, no los cargaba mucho la provision de un poco de pan, que cada uno llevaba para sí, y caminaban sin ser gravosos á nadie.

Haciendo una de estas visitas, y pasando al desierto de Cadés, se halló por casualidad en Elusa, pueblo de Idumea, y todo el idólatra, puntualmente en cierto día en que toda la gente habia concurrido al templo de Vénus para celebrar su fiesta. No es fácil esplicar el vivo dolor de nuestro Santo á vista de toda aquella pagana muchedumbre. Conocian todos á S. Hilarion por los muchos energúmenos de su nacion que habia librado de la tirania del demonio, y por los muchos enfermos á quienes habia dado salud; por lo que luego que tuvieron noticia de que habia llegado al lugar, concurrieron todos de tropel á visitarle, juntamente con un sacerdote ó sacrificador que ya estaba coronado y revestido para ofrecer las víctimas al idolo. Viéndose el Santo en medio de ellos, y conmovido vivísimamente de su lastimosa ceguera, no pudo reprimir las lágrimas; y animado entonces de aquel zelo, que es siempre inseparable de la verdadera santidad, los habló con tanta eficacia y con tanta mocion sobre su lastimosa desgracia de vivir sepultados en las tinieblas del gentilismo y de ofrecer sacrificios al demonio; púsoles á la vista la verdad y la santidad de la religion cristiana con tanta energía y con tanta majestad, que toda aquella muchedumbre quedó suspensa y movida. Acabó entonces la gracia la obra que habia comenzado por medio de nuestro Santo, y se levantó un grito universal de todos los paganos, que reconociendo su ceguera clamaban por el bautismo. A vista de tan alegre suceso se enjugaron luego las lágrimas de Hilarion, que sin perder tiempo empleó toda su elocuencia y todo su zelo en instruirlos y en confirmarlos en su resolucion. Uno de los que se mostraron mas fer-

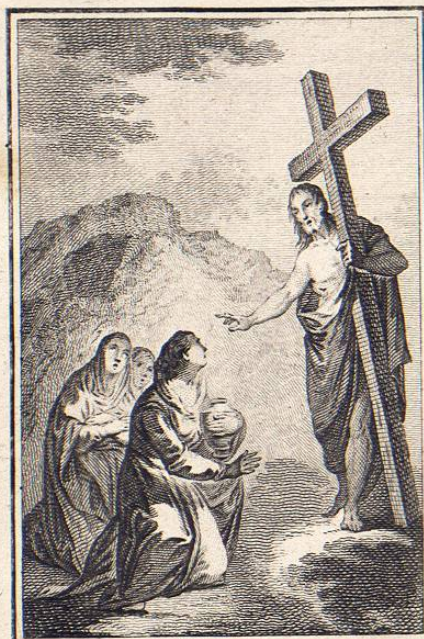
vorosos fué el mismo sacrificador; el cual, revestido con todos sus supersticiosos ornamentos, protestó que no se retiraria mientras no fuese admitido en el número de los catecúmenos. Echóse por tierra el templo, y el idolo fué hecho pedazos por aquellos mismos que se habian juntado para ofrecerle sacrificios; ni dejaron salir del lugar á nuestro Santo hasta que les trazó el plan de una iglesia que se fabricó en muy breve tiempo.

Refiérese que habiendo llegado Hilarion á cierto monasterio, el mayordomo de la casa, que era muy codicioso y avariento, le quiso regalar. Tenia el tal mayordomo un huertecillo particular, y tan pegado el corazón á él, que vivia en una continua inquietud, con el afán de que no le hurtasen algo, mostrando en el congojoso cuidado con que le guardaba, su espíritu avariento, mezquino y propietario. Sabiendo el tal monge que el Santo no le miraba con buenos ojos por su genio interesado y codicioso, le pareció que le podría ganar la voluntad regalándole con un manojo de habas verdes. Sirviólas á la mesa Hesyquio, compañero del Santo, el que apenas las vió, cuando exclamó que las apartasen de allí, porque apestaban á un hedor de avaricia insuportable; añadiendo que ni los brutos las podrían tolerar, y mandó á Hesyquio que hiciese la esperiencia. Con efecto, habiéndoselas echado á los bueyes, luego que las vieron comenzaron á espantarse, á bramar estraordinariamente, y se enfurecieron tanto, que rompiendo la cuerda echaron á correr, llenando el aire de temerosos rugidos.

Mientras tanto, llamándole siempre á Hilarion su natural propension á la soledad, gemia sin consuelo, viéndose continuamente rodeado y como sufocado de los innumerables que le venian á buscar, unos pidiendo milagros, y otros solicitando instrucciones. Los obispos, los presbiteros, los clérigos y los monges; las señoras cristianas, los labradores, los magistrados y las personas de la primera distincion, todos acudian á él en sus necesidades espirituales; pero vencido en fin de su amor al retiro, determinó ponerlo en ejecucion y esconderse en una soledad, donde viviese desconocido al resto de los hombres. Luego que se entendió su resolucion, se conmovió todo el país. Amontonáronse cerca de él mas de diez mil personas, y le conjuraron con sus clamores y con sus lágrimas que no desamparase la Palestina; pero el Santo se mantuvo inmóvil en lo que tenia resuelto, protestando que no comería ni bebería mientras no le dejasen marchar. Guardábanle sin perderle de vista; pero en fin, viendo que efectivamente no habia querido probar bocado en siete dias, se hallaron precisados á condescender. Partió acompañado de una

infinidad de gente hasta Bethel : allí los despidió á todos , quedándose solo con algunos solitarios , en cuya compañía se fué al monasterio de S. Antonio para celebrar el dia de su aniversario. Desde aquí se encaminó á Afrodita en el alto Egipto , deteniendo consigo solo dos monges ; é hizo alto en un desierto inmediato á aquella ciudad , donde se entregó á la abstinencia , al silencio y á todos los demás rigores , con tanto fervor como si comenzára entonces la carrera. Desolaba á todo el país una sequía de tres años ; y noticiosos los moradores de la llegada del Santo , acudieron todos á él suplicándole que les alcanzase del cielo abundante lluvia ; logróla , y á esta maravilla se siguieron otras muchas. Con esto le arrojaron luego del país las honras que todos le hacían. Determinó irse á sepultar en el desierto de Oasis. Habiendo llegado á Bruchion , arrabal de Alejandria , partió de allí la misma noche que llegó , diciendo á los que se empeñaban en detenerle , que si hacia noche en aquel sitio , todos lo pasarían mal por su motivo ; y con efecto , la mañana siguiente llegó un destacamento de soldados , despachados por Juliano Apóstata , para prender al Santo , como el mayor enemigo del paganismo que el impío emperador intentaba restablecer.

Entró Hilarion en el horroroso desierto de Oasis , donde estuvo oculto por espacio de un año ; pero siguiéndole á todas partes su reputacion , sin poderse librar de ella , determinó pasar á las islas desiertas para vivir desconocido. Con este intento se encaminó al puerto de Perotonio , donde se embarcó para Sicilia con un discípulo suyo llamado Zanan. Cuando estaban ya en alta mar entró el demonio en el cuerpo del hijo del patron del navío , y comenzó á gritar : *Hilarion, déjame en paz á lo menos en el mar ; y solo te pido que me des tiempo para llegar á tierra.* A lo que el Santo respondió : *Si mi Dios te lo permite , estate ; pero si él te arroja , no lo atribuyas á un miserable pecador como yo.* Al instante quedó libre el muchacho ; y toda la gracia que pidió Hilarion al patron y á todo el equipaje fué que no descubriesen su nombre á persona viviente. Desembarcó en Pachyn , y se metió tierra adentro. Estaba como enterrado en una espantosa soledad , cuando un energúmeno le descubrió en Roma , y por los indicios que dió el mismo demonio , pasó á Sicilia ; postróse delante de la cabaña del Santo , y al punto quedó libre. A este milagro se siguió el de la curacion de todos los enfermos que acudieron á él de todas partes ; tanto , que se extendió su fama hasta Grecia , y allí supo su querido discípulo Hesyquio que su santo maestro estaba en Sicilia. Partió al punto á buscarle , y como le hallase determinado á irse á esconder en algun país de bárbaros , el mis-



STA. SALOMÉ,
VIUDA.

mo Hesyquio le llevó á Epidaura en la Dalmacia. El año de 365 salió el mar de sus límites, y amenazaba sorberse toda aquella ciudad. Noticiosos los vecinos de que el extranjero era el célebre obrador de milagros; le buscaron, le cogieron y le llevaron á la ribera. Hizo el Santo tres cruces sobre la arena, y al punto se detuvo el mar. El ruido que metió este milagro, fué bastante motivo para que Hilarion escapase á otra parte. Embarcóse, aportó á la isla de Chipre, y sepultóse vivo en el hueco de un horroroso peñasco; pero luego le descubrieron los energúmenos. Pareciale al Santo haber encontrado un desierto donde no seria conocido; pero sus mismos milagros le hacian traicion en todas partes. Mantúvose allí cinco años, haciendo una vida mas parecida á la de los ángeles que á la de los hombres. Esparcióse en fin la voz de que Hilarion habia pronosticado su muerte, y al punto concurrió innumerable multitud de gente de toda la isla, y el Santo hizo á todos darle palabra de que habian de enterrar su cuerpo en el mismo sitio donde espirase. Llegada la hora en que el Señor queria premiar á su fiel siervo, sintió cierta especie de temor; pero alentando entonces su fervor y su confianza, se volvió á su misma alma, y la dijo: *Sal, alma mia, sal; ¿qué temes, qué te acobarda? casi setenta años ha que sirves á Jesucristo, ¿y todavía temes morir!* Al decir estas palabras rindió su espíritu en el año de 371, á los ochenta de su edad. Enterraron su cuerpo en el lugar que el mismo Santo habia deseado; pero diez meses despues su querido discípulo Hesyquio le hurtó secretamente, y se le llevó á su antiguo monasterio de Mayuma. Muy en breve se hizo glorioso su sepulcro por los milagros. Hallaronse sus hábitos tan enteros como cuando murió, y su cuerpo tan fresco y tan intacto como si estuviera vivo. Sucedió su muerte el dia 22 de octubre en que la Iglesia celebra su fiesta.

SANTA MARÍA SALOMÉ, VIUDA.

ERA consiguiente á los grandes beneficios que ha recibido España de su primer apóstol y patron Santiago, que nuestra Iglesia tuviese en gran precio la memoria de su santa madre, tantas veces celebrada en los Evangelios; y que eligiese en el discurso del año un dia en que la dedicase festividad. Por el discurso de muchos siglos estuvo sin celebrarse la memoria de esta Santa, hasta que el arzobispo y cabildo de la santa iglesia de Santiago, reflexionando sobre una falta que pudiera atribuirse á toda la nacion, procuraron remediarla con piadosa industria. Dispusieron un oficio propio de esta Santa, á quien ya anterior-